

ALICIA ROCA

**LOS GATOS
NO COMEN
CON TENEDOR**



edebé

© Alicia Roca, 2017

© Ed. Cast: Edebé, 2017

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41

contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia

Diseño de colección: BOOK & LOOK

Fotografía de cubierta: Shutterstock

*Para María,
la auténtica Princesa de los Sueños.*

Primera edición, marzo 2017

ISBN: 978-84-683-3165-2

Depósito legal: B. 913-2017

Impreso en España

Printed in Spain

EGS – Rosario, 2 – Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

SÁBADO

Mía

Objetivo: salir de casa sin que la bestia se dé cuenta.
Posibilidades: pocas.

La puerta del salón da al pasillo y, desafortunadamente, está abierta de par en par. Avanzo con la espalda pegada a la pared, despacio, para no hacer ningún ruido. Cuando llego a la puerta, me detengo un momento y escucho.

Se oye la tele de fondo.

Una mujer que pesa ciento cincuenta kilos y que está a punto de ser abandonada por su marido ha ido al plató del programa para prometer delante de todo el mundo que adelgazará. Dice que está dispuesta a perder setenta kilos para recuperar al amor de su vida.

¡Setenta!

Me pregunto de dónde sacará tanta comida para poder pesar ciento cincuenta kilos. Yo peso veintiocho y siempre estoy hambrienta. Quizá si me diera un poco de la suya, ella adelgazaría y yo no pasaría hambre.

De todos modos, ¿quién se va a creer eso de que adelgazará setenta kilos?

Yo no, por descontado.

Yo ya no me creo nada.

Vuelvo a concentrarme en los ochenta centímetros de alto riesgo que me separan del otro lado de la puerta del salón. Echo una rápida mirada al interior de la estancia para evaluar la situación, y rápidamente vuelvo a pegarme a la pared.

La bestia descansa repantigada en el sofá, con la mirada fija en el televisor. Al parecer ha tenido una mañana muy ocupada, porque aún no ha podido peinarse, y eso que ya son más de las doce.

Lleva puesta una bata de flores que yo no querría ni regalada de tan fea que es, pero a la bestia debe de gustarle mucho, porque pagó por ella cincuenta y cuatro euros hace solo un par de semanas. Sus uñas, pintadas de un rosa que da dolor de cabeza, rascan impacientes una pequeña mancha reseca en el brazo del sofá.

Un cigarrillo se consume olvidado en el cenicero de la mesita, lleno a rebosar, y no puedo evitar arrugar la nariz en un gesto de asco cuando pienso que después me tocará vaciarlo a mí.

La técnica que utilizo siempre en estas circunstancias es la misma que hay que utilizar si te encuentras un Tiranosaurio-Rex.

Avanzar muy lentamente.

Tan lentamente que sus ojos no sean capaces de detectar el movimiento.

Lo vi en *Jurassic Park* y tengo comprobado que funciona.

Empiezo.

Levanto un pie y ruego para que no comience la publicidad de repente. Un cambio brusco en la

programación podría hacer que la bestia perdiese su foco de atención y se iría todo al traste. De momento no parece que vaya a suceder, porque la mujer de la tele sigue llorando y pidiendo a su marido que vuelva con ella.

Aún estoy a medio camino y ya me duele la pierna. A medio camino significa que ya he dado uno de los dos pasos que debo dar para llegar al otro lado de la puerta, pero conseguir que un paso dure dos minutos cansa más de lo que parece.

Como no puedo arrastrar los pies porque se oiría el ruido, debo mantener la pierna en el aire mientras la voy avanzando lentamente. El T-Rex sigue echado en el sofá, pendiente únicamente del televisor. Le miro directamente a los ojos y siento un escalofrío de placer.

Soy completamente invisible para ella. Ojalá siempre fuera así.

De golpe, la sensación de placer desaparece y me vuelve el miedo. Ese miedo que me acompaña todo el día.

Que no me mire, por favor.

Llego al otro lado de la puerta más deprisa de lo aconsejable, y me apoyo en la pared hasta que las piernas dejan de temblarme.

Mientras cruzo la cocina silenciosamente en dirección a la puerta de atrás, veo encima del mármol de la encimera una caja de galletas abierta. Dudo si alargar la mano y robar un par, pero me llegan de lejos los aplausos del público desde la tele, y sé que es el mejor momento para abrir la puerta y salir, porque

últimamente chirría un poco y los aplausos disimularán el ruido.

Me olvido de las galletas y abro la puerta con un movimiento seco. Luego respiro hondo, salto los tres escalones que me separan del camino de grava que llega hasta la casa y corro hacia el bosque.

Lo he conseguido.

Vuelvo a pensar en los tiranosaurios. Por mucho que me esfuerzo, no consigo recordar haber visto en la película que las crías tuvieran que hacerse invisibles a los ojos de los animales de su misma especie. Más bien diría que la madre, el padre, el tío o la abuela Rex se cargaban a todo aquel que quisiese hacer daño a sus crías.

Intento recordar cuándo empezaron a ponerse feas las cosas, feas de verdad, pero no lo sé. Solo sé que no fue de un día para otro.

Pienso en la mujer que pesa ciento cincuenta kilos. Seguro que tampoco los engordó en una sola noche, sino que fue poniendo ahora un kilito, ahora otro; y cuando se ha querido dar cuenta, le sobran setenta u ochenta kilos y no se puede mover.

Pues con la bestia, lo mismo.

* * *

Hace frío, y mientras avanzo por el camino, juego a que me fumo un cigarrillo y echo el humo, que en realidad es el vaho. Pocos minutos después llego al claro del bosque, y allí, como en una pequeña isla, se levanta mi árbol, un olmo inmenso. No crece nada a

su alrededor, ni un solo hierbajo. De hecho, puedes contar como mínimo tres o cuatro metros en cualquier dirección antes de ver algún arbusto que se atreva a echar raíces.

Me acerco y pongo el pie en el primer escalón; porque mi árbol tiene escalones, claro. Son trozos de madera rectangulares clavados al tronco.

...Seis..., siete y ocho. Al llegar al octavo, me agarro al nudo de una de las ramas y me encaramo a la plataforma. Allí puedo sentarme cómodamente con la espalda apoyada en la parte del tronco, que sigue hacia arriba, o incluso puedo echarme completamente sin que me cuelgue ningún brazo ni ninguna pierna.

Me acurruco entre los nudos del árbol y miro el cielo a través de las ramas, un cielo que hoy es de un azul intenso. Dejo que transcurra el tiempo sin hacer nada más que mirar las nubes de algodón que cambian de forma según el viento.

Me parece oír un rumor lejano, y noto cómo se me eriza el vello de los brazos debajo de la chaqueta.

Efectivamente, alguien se acerca.

El estómago se me encoge cuando imagino al T-Rex avanzando hacia mi árbol. Habrá descubierto que no estoy en casa, ha abandonado a la señora gorda y a su marido, y ha seguido mi rastro hasta aquí.

Es solo una cuestión de tiempo.

Cuento los segundos en silencio. Los pasos se acercan más y más. Ha llegado al pie del árbol y ahora está subiendo la escalera.

Me encojo tanto como puedo, tapándome la cabeza con los brazos, para intentar detener el primer ataque. No puedo hacer nada más. Solo esperar.

* * *

Alberto

Qué desastre. Toda la mañana buscando el cargador del móvil y cuando finalmente lo encuentro, voy y me lo dejo en casa. Resultado: me he quedado sin batería a los diez minutos de haber subido al coche.

Estoy aburrido.

Podría hacer un intento de pedirle el móvil a Luis, pero tras pensarlo detenidamente, llego a la conclusión de que es un acto suicida.

Hace rato que no se mueve.

Rectifico: casi no se mueve.

Con la cabeza apoyada en el cristal del coche y los ojos cerrados, podría engañar a algún principiante. Pero a mí no.

De cuando en cuando, se puede detectar un leve movimiento del dedo pulgar, para avanzar o retroceder canciones. Debe de estar pensando en la bruja de Sandra; últimamente parece que no haga otra cosa. Y si efectivamente sus pensamientos están con Sandra y voy yo y le corto el rollo para pedirle el móvil, entonces es que soy aún más idiota de lo que me pensaba. De

modo que me callo y sigo mirando por la ventana. Calculo que aún faltan por lo menos tres cuartos de hora para llegar.

¡Bonitas vacaciones de Navidad me esperan!

Me enciendo por dentro solo de imaginar a toda la pandilla de amigos de Llivia, que se lo deben de estar pasando de muerte. Y yo aquí, metido en el coche en dirección a Cladellas para pasar quince días de vacaciones asquerosos.

Mi madre ha intentado venderme la película de que será una experiencia diferente, una oportunidad de hacer nuevos amigos y no sé qué otras tonterías, pero la verdad es que para venir aquí a pasar frío y a no hacer nada más, hubiera preferido quedarme en casa. Y hablando de quedarse en casa, quien de verdad montó una escena cuando se lo dijeron fue Luis, que quería quedarse en Barcelona con mis padres mientras trabajaban. Sin embargo, mi madre le dijo que no, que no iba a permitir que se pasara todo el día repantigado en el sofá, y que por lo menos en casa de los abuelos movería un poco el esqueleto.

Y todo por culpa de la abuela. Porque, claro, la casa de Llivia era suya. Una casa de esas que ya casi no existen, porque ahora lo único que interesa es construir bloques de apartamentos.

La casa estaba casi en el centro de Llivia, pero tenía mucho terreno alrededor y daba la sensación de que estuvieras solo. Muchas habitaciones y muy grandes. No tenía piscina, pero tampoco es que la echásemos en falta, porque siempre que nos queríamos bañar íbamos a la municipal o a casa de Ramón.

Veranos de ponerse el bañador y la camiseta a primera hora de la mañana, salir en bicicleta, y no volver a casa hasta que el estómago rugía de hambre.

¿Y los inviernos? Días agotadores en las pistas, deslizándonos por la nieve y pegándonos algún que otro batacazo por querer bajar demasiado deprisa. Cuando llegábamos a casa, el fuego encendido, el chocolate caliente de la abuela...

Siempre las mismas vacaciones: Semana Santa, verano y Navidad. Con los abuelos, cuando mis padres trabajaban. Todos juntos, cuando ellos tenían vacaciones...

De hecho, a casa de los abuelos, quiero decir a su casa de Cladellas, solo recuerdo haber ido una vez, hace un par de años, cuando murió el marido de la señora Lola, que es hermana de mi abuelo, y fuimos a su entierro. Es decir, Luis y yo no fuimos ni al cementerio, porque mi madre dijo que no estábamos preparados y nos dejaron en el Centro Cívico para Mayores, sentados en la mesa del rincón, con un vaso de leche y una magdalena para cada uno. El Centro estaba vacío, porque evidentemente todo el mundo había ido al entierro, pero el viejo Francisco, el abuelo que servía en el bar, se había quedado porque el Ayuntamiento no le dejaba cerrar el local. «Es un servicio público», habían aducido, y no podían dejar de dar el servicio para asistir a un entierro. ¡Qué estupidez! El Centro Cívico para Mayores de Cladellas es para la gente mayor de Cladellas, y cuando alguien la palma en Cladellas, toda la gente mayor va a su entierro, no al Centro Cívico. ¿Tan difícil es de entender?

La cosa es que, de repente, a mi abuela se le fue la olla y decidió que vendía la casa de Llivia; que le habían hecho una oferta muy buena para construir un bloque de apartamentos.

—Pero... ¿y la casa? —había preguntado yo.

—¡Ah! La casa la tirarán, claro. Si no, ¿cómo quieres que levanten los apartamentos?

—¿La tirarán? Pero... ¿y nosotros?

—¿Vosotros? Pues cuando hayan acabado la promoción, tendréis uno de los apartamentos. Habrá piscina y todo.

—¿Qué quieres decir con «tendremos»?

—Pues que a cambio de la casa, ¡y del terreno, claro!, me darán tres apartamentos, que tengo entendido que valen una pasta.

¿Una pasta? ¿Desde cuándo las abuelas dicen «una pasta»? Pueden decir «dinerillos»; o si me apuras, incluso «cuartos», pero no «una pasta».

Me entraron ganas de preguntarle si había bebido o qué.

—Además —seguía contando mi abuela—, me darán una parte en metálico, y así podré viajar un poco mientras construyen los apartamentos. En metálico quiere decir en efectivo, ¿sabes?

—Sí, abuela, sé —la corté secamente.

—¡Caramba, Alberto!, no hace falta que te pongas así. Solo te lo explicaba...

—¿Y por qué no han comprado la casa mis padres? ¡No lo entiendo!

—Pues porque no hubieran podido pagarla, mira tú por qué. Y de este modo tendremos tres apartamentos.

Uno para vosotros, uno para la tía Mercedes y el tío Agustín, y otro para mí. Y además podré viajar...

Y vuelta otra vez con el viajar. Pero ¿adónde demonios quería ir la abuela? ¿A ver la final de la Champions, o qué?

¿Y por qué ahora hablaba en primera persona? «Un apartamento para mí... Podré viajar...». ¿Y el abuelo? Vale que la casa era suya porque le venía de familia, pero...

—¿Sabes dónde tengo pensado ir?

—No, abuela, no lo sé. ¿A Marbella?

—¿A Marbella? No, hijo, no. Yo quiero ir a Lourdes.

—¿A Lourdes? ¡Ostras, abuela!, no me digas que te vendes la casa para poder ir a Lourdes en un autocar de esos del Imsero.

—¡Uy, no! En autocar no, que cansa mucho. Iremos Lola y yo, en mi coche. Así podremos parar a descansar cuando queramos.

La batalla estaba perdida, y el viaje a Lourdes con su cuñada no me interesaba en absoluto.

De todos modos, esta conversación la tuvimos justo después de las vacaciones de Navidad pasadas, y las cosas han cambiado un poco desde entonces...

Estoy aburrido.

Mi madre le explica a mi padre, por cuarta vez consecutiva, lo que les ha comprado a los abuelos como regalo de Navidad, y por cuarta vez también, le pregunta si le parece bien. Naturalmente, a mi padre le parece todo estupendo. No es un principiante, y sabe que cualquier comentario que ponga en duda su criterio tendrá como consecuencia una conversación de una hora por lo me-

nos. Así que se limita a asentir con la cabeza, sin apartar la vista de la carretera.

—¿Cuánto falta?

—Cinco minutos.

—Mamá, hace cinco minutos me has dicho que faltaban cinco minutos. Es imposible —le digo.

No sé qué manía tienen los mayores de tratarlos como si fuésemos niños de preescolar y no supiésemos sumar ni restar.

—Pues tres minutos.

—Pero si hace cinco minutos faltaban cinco minutos, ya tendríamos que haber llegado, ¿no?

—No lo debo de haber calculado bien. Yo creo que ahora faltan tres minutos.

Definitivamente, mi madre está inmunizada contra cualquier tipo de provocación verbal.

—¿Te acuerdas de todo lo que te he contado, Alberto? El abuelo ha estado muy enfermo —dice.

¿Por qué me pregunta si me acuerdo, si tiene intención de volver a contármelo todo por enésima vez?

—Ahora se encuentra mejor —sigue ella—, aunque a veces se líe un poco con las palabras y no le salen bien. Algunas palabras se le han olvidado, y otras es como si se las inventase. Pero ya verás como entre todos le ayudaremos y en poco tiempo volverá a hablar perfectamente. Los médicos dicen que no tenemos que darnos por vencidos y que aún puede mejorar mucho. Tú, cuando oigas que dice alguna cosa mal, le explicas cómo decirlo bien. ¿Me has entendido?

—Sí, mamá, esta vez «también» te he entendido.

Aunque, de hecho, no sé si lo he entendido muy bien. Por lo que he oído, el abuelo solo hace diez días que está en casa después de haber pasado una semana en el hospital. Ha tenido un ictus.

Se ve que un día la abuela estaba en el jardín de casa con la labor de ganchillo, cuando salió el abuelo a tomar el fresco con el periódico bajo el brazo. Cuenta ella que le preguntó...

—Joaquín, ¿qué te apetece para cenar? ¿Judías verdes o espinacas?

Porque mi abuela siempre hace lo mismo. Aparenta tener en cuenta tu parecer preguntándote qué quieres para cenar, cuando verdaderamente lo que está haciendo es obligarte a escoger entre una cena asquerosa y otra repugnante.

Bien, a lo que iba. Se ve que el abuelo se la quedó mirando fijamente y le dijo:

—*Te pregunfo la tica bu truntil.*

La abuela cuenta que, ya antes de atinar a decirle que se lo repitiera por si acaso no le había entendido bien, ya supo que algo grave le pasaba. Y como otra cosa no, pero sangre fría mi abuela tiene mucha, mientras con una mano le ayudaba a sentarse en una silla, con la otra ya agarraba el teléfono inalámbrico que siempre lleva consigo por si acaso la llama Lola para contarle la última batallita, y marcó el 112.

Veinte minutos después, ya estaban los dos en la ambulancia, y mientras le tomaba la mano a su marido, no paraba de hacerle preguntas para ver si mejoraba o empeoraba. No sé exactamente qué quiere decir la abuela cuando explica esto de si mejoraba o empeoraba. ¿Es

que pensaba que podía haber una respuesta peor que «*te pregunfo la tica bu truntil*»? ¿O es que esperaba que de repente le dijera que no le apetezían ni las judías verdes ni las espinacas, sino un pollo al horno?

Por su parte, mis padres ya corrían hacia el hospital, porque la abuela, nada más subir a la ambulancia, los había llamado.

Dice mi madre que cuando finalmente pudieron entrar a verle, se le cayó el alma a los pies.

El abuelo estaba en una especie de habitación gris y húmeda, medio recostado en una camilla, con una sonrisa tranquilizadora en los labios, y mi madre se le echó encima abrazándolo.

—¡Oh, papá! ¿Cómo te encuentras? ¿Estás bien? ¿Qué te han dicho los médicos?

—*Tru fin, crapes han pragut.*

Mi madre se quedó mirándole, y dice que el abuelo estaba sonriendo, como si no fuese consciente de lo que acababa de decir. Como si en lugar de «*Tru fin, crapes han pragut*» hubiese dicho: «Muy bien, ahora ya estoy mejor».

Y mi madre, que nunca se altera, asintió y salió rápidamente a buscar a un médico que le pudiese explicar con exactitud qué era lo que le había pasado a su padre.

Por lo que me he enterado, fue un coágulo de sangre en una de las arterias del cerebro. Cuando se forma un coágulo, este impide el paso de oxígeno hacia el cerebro, y sin oxígeno, los tejidos cerebrales mueren a los pocos minutos. Como resultado, dejan de funcionar correctamente las partes del cuerpo que están bajo el control de esas células.

Los médicos dijeron que cuando el abuelo ingresó en urgencias ya no tenía el coágulo, a pesar de que se podía apreciar, en las pruebas que le hicieron, dónde se había formado. Luego, dijeron que no podían decir con exactitud cuánto rato había estado sin suministro de oxígeno en aquella parte del cerebro; que no podían decir con exactitud cuáles eran los daños que esto había causado; y que no podían decir con exactitud qué nivel de mejora se produciría con el paso de los días. Que, en definitiva, cabía pensar que mejoraría, pero que no podían decir con exactitud cuánto. O sea, todo un poco inexacto.

Dos horas después —explica mi madre—, el abuelo ya empezaba a incluir alguna palabra inteligible en su vocabulario, y de madrugada, ya hablaba más en castellano que en chino.

A estas alturas, él ya era consciente de que no coordinaba bien las palabras, y por eso hablaba estrictamente cuando le preguntaban alguna cosa. Como si le diese vergüenza no ser capaz de encontrar la palabra «pestaña» en su enmarañado cerebro.

A partir de ese momento, la recuperación no fue tan espectacular como en las primeras horas, pero a cada rato que pasaba, mejoraba un poco.

Una semana más tarde, los médicos le dieron el alta, aconsejándole mucha paciencia, porque cada nueva palabra que consiguiese identificar significaría un avance muy importante en su recuperación.

Y aquí estamos nosotros, metidos dentro del coche, dirigiéndonos a pasar las vacaciones de Navidad en la casa del pueblo de los abuelos.

Hace cinco días mi madre estuvo a punto de abortar la misión, alegando que sería demasiado alboroto para sus padres tenernos en casa dos semanas seguidas, pero la abuela no lo permitió. Dijo que había hablado con los médicos que atendieron al abuelo y que le habían aconsejado todo lo contrario. Que en principio ya podía hacer vida normal, y que le iría muy bien tener la casa llena de gente, que así ejercitaría más el cerebro.

O sea que cuando lleguemos a Cladellas, no sé exactamente con qué me voy a encontrar.

* * *

La abuela ya está en la calle esperando. No sé cómo ha sabido que llegábamos, porque ni mi madre ni mi padre la han llamado para avisarla. O bien hace rato que espera, o tiene una antena parabólica que ni las compañías telefónicas.

Mientras abre la cerca del jardín para que podamos meter el coche, veo que le va diciendo alguna cosa a mi madre, que evidentemente no la oye porque las ventanillas están cerradas. Pero, aun así, veo que mi madre asiente con la cabeza, como si la hubiera entendido.

Salgo del coche y me pongo a descargar maletas del portaequipajes con desgana, cuando de pronto unas uñas se me clavan en la espalda y me obligan a darme la vuelta. Antes de ser capaz de reaccionar, la abuela ya se me ha echado encima para abrazarme, aplastando mi cara irremediabilmente contra su generosa pechera, y empieza con que si está muy contenta de verme, que ya veré qué bien me lo paso y blablablá.

Noto que alguna cosa me pincha la nariz, pero el abrazo de la abuela no me permite rebajar la presión. Son billetes. Siempre me ha parecido absolutamente surrealista que la abuela lleve los billetes guardados en el sujetador. Y evidentemente no es porque no tenga monedero.

Recuerdo el día que le pregunté cómo hacía para pagar cuando estaba dentro de una tienda, y me respondió: «Pues me doy la vuelta disimuladamente y saco el dinero que necesito. ¿Cómo quieres que lo haga?».

Me cuestiono que realmente lo haga tan disimuladamente.

Me cuestiono que una cosa así se pueda hacer disimuladamente.

Para cuando consigo liberarme del abrazo mortal, ya están casi todas las maletas en el recibidor. Por lo menos me he librado de acarrearlas.

La casa queda al final de una calle sin salida que forma una pequeña rotonda para que los coches puedan dar la vuelta. Recorro la zona con la mirada. Entre la casa de los abuelos y la de al lado veo un estrecho sendero que se adentra en el bosque.

Y siento que tengo ganas de huir.

No tengo ganas de oír la conversación inagotable y a la vez agotadora entre mi madre y la abuela, que durará desde ahora hasta que una de las dos decida ir a acostarse, lo cual no es previsible que suceda hasta dentro de unas once o doce horas.

Pero, sobre todo, no tengo ganas de ver al abuelo y constatar que no es el abuelo.

No quiero que me diga «*Tru fin, crapes han pragut*», porque sé que pareceré imbécil y no sabré qué contestar.

Y mi madre me echará la bronca por no seguir sus indicaciones.

Y cuando le diga que lo siento, que no sé hacerlo mejor, la abuela me echará la bronca por contestar a mi madre.

Y no tengo ganas.

De modo que, aprovechando los momentos iniciales de confusión, decido adentrarme en el bosque y alejarme un rato de todas las cosas de las cuales no tengo ganas.

* * *

Mía

Los segundos pasan y el T-Rex no ataca.

¿Dónde está?

Estoy segura de que he oído cómo subía las escaleras del árbol.

Seguramente está estudiando cuál es el mejor ángulo para iniciar el ataque sin estropearse la manicura. No puedo confiarme, porque es evidente que será como en las películas: cuando crees que ya ha pasado lo peor y te relajas, sale el asesino de donde menos te lo esperas y salta encima de ti.

—Hola.